

# EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO VII--TOMO I--NÚM. 20  
Director: Lic. RAFAEL REYES SPÍNDOLA.

MÉXICO, MAYO 20 DE 1900.

SUBSCRIPCIÓN MENSUAL FORÁNEA, \$1.50  
IDEM IDEM EN LA CAPITAL, \$1.25  
Gerente: ANTONIO CUYÁS



LOS DELITOS DE LA INFANCIA.

## ESCENAS PINTORESCAS.

### Pan á discreción.--Pujilismo. Negocio Redondo.

He presenciado en estos días una serie de escenas pintorescas (sin música de Massenet) y aun he sido víctima de sus peripecias--que ponen de resalto ya éste, ya aquél atributo culminante del carácter francés, que á guisa de lección de cosas hacen perceptibles las virtudes como los vicios de este gran pueblo, y que contribuye á explicar la vitalidad y la grandeza de esta nación.

Comía en un modesto restaurant, cuando, de repente, al lado mío se arma una gresca formidable. Gritos, interpelaciones, protestas, gesticulación frenética, oratoria volcánica. Dos mozos de la fonda sujetaban de los brazos á un hombre de cincuenta y tantos años, bien vestido y de aspecto burgués, en tanto que el "maitre d'hotel," digamos mayordomo, extraía de las bolsas del viejo, panecillos que éste se había guardado mientras almorzaba. Los había en el gabán, en la levita, en el sombrero, y hasta en la bolsa americana del pantalón, serían como cinco ó seis, y representaban un valor aproximativo de doce centavos oro. Un ratero... pensé yo, y pensaron también los circunstantes que le gritaron: ¡ladrón! ¡pícaro! ¡bribón! y que lo pusieron como trapo del suelo.

Ante esta lluvia de denuestos, el viejecito se irguió y protestó: —Ese pan es mío; no lo he robado y me lo llevo en ejercicio de un derecho legítimo. Y sacudiendo á los hombres que lo sujetaban, tomó de sobre la mesa el "menú," y haciendo frente á todo el mundo, altivo, imponente, heroico, lo hizo ondear como un bandera del derecho y un pabellón de triunfo. En el "menú," con letras gordas y bien visibles, se leía: "Almuerzos y comidas á dos francos cincuenta. Pan á discreción."

—Ya lo ven Uds.; tengo derecho á pedir todo el pan que quiera, gritaba el anciano, y pagando dos francos cincuenta, he pagado todo el pan.

—Poco á poco,—replicaba el maitre d'hotel,—tiene Ud. derecho á "comerse" cuánto pan quiera; pero no á llevárselo. De otro modo, cada cliente traería un canasto, y por dos cincuenta podría fundar un expendio de pan.

—Alto ahí amiguito; soy abogado de provincia (risas) conozco el derecho. El pacto del cliente con la fonda, es un "quasi-contrato," un contrato tácito, cuya "letra" obliga á ambas partes; el texto del contrato no habla de comer el pan ó de llevárselo, "ergo" puedo llevármelo si no lo como.

—El espíritu de la ley me favorece; sería absurdo que hubiera pactado mi ruina.

—Yo me atengo á "la letra."

—Y yo invoco "el espíritu."

Aquí la opinión se dividió, unos daban la razón al viejo, y otros al maitre d'hotel; la algarabía se hizo indescriptible; por fin, el viejo dejó el pan, pagó los dos cincuenta del "águila" y salió prometiendo presentar querrela por falta de cumplimiento de contrato, difamación, calumnia, vías de hecho, indemnización y á mayor abundamiento, jurando que enviaría sus padrinos al maitre d'hotel.

Esta escena me dejó pensativo. Aquel hombre, acaso, pensaba almorzar al día siguiente con aquel pan. Tal vez era uno de tantos pobres de levita, que viven en la más negra miseria y llevaba aquella refacción á sus hijos. Ya había yo visto en otra ocasión, por el barrio latino, á un estudiante sentarse en la fonda á platicar con dos amigos que almorzaban (pan á discreción) y distraídamente, como quien no fija en ello la atención, pellizcar el pan y comerse sonriendo un pan de libras que el mozo reponía á paso y medida del consumo. Aquel joven desayunaba gratis. Tal vez el viejo abogado de provincia estaba en ese caso, y merecía compasión, ó también era uno de tantos hombres económicos, metódicos, casi avaros, que á todo se exponen y á todo lo afrontan por ahorrar un centavo, que viven en la pobreza, privados de todo, menos de humillaciones, y que suelen morir en un jergón atestado de billetes de Banco.

Lucha áspera por la vida, instinto de economía, propensión á la dialéctica y al sofisma, tales son entre otros, los atributos más característicos del francés.

Otra circunstancia me dió la medida de la energía del francés para reivindicar sus derechos. Un pasajero baja de un coche de sitio, y naturalmente, el

cochero le arma gresca por el monto de la propina. El pasajero argulle, el cochero se indigna y lo insulta; entonces el ofendido, hombre vestido con elegancia, buen mozo y correctísimo en la forma, se despoja de su paletot, de su bastón, de su sombrero é invita al cochero á un asalto de box. El cochero, una especie de mastodonte, hercúleo, furioso, acepta; los circunstantes hacen rueda y la lucha comienza en toda regla. El público sigue las peripecias del lance, cuenta las "puntas" en pro y en contra, aplaude los buenos lances, salva los malos golpes y apuesta con "momio" á la "carga" que ha golpeado de lo lindo al auriga. La policía brilla por su ausencia... Acaba al fin por acudir y acierta á sujetar desde luego á la "carga." El pueblo soberano admirando y aplaudiendo al vencedor, simpatizaba visiblemente con el vencido; se oían rumores, se decía: el pueblo oprimido... el burgués insolente... maltrata al pobre porque se siente rico y seguro de la impunidad... el socialismo acabará con todo eso... etc. Ya me temía que se organizara un motín contra el pasajero y que un lynchamiento en regla diera fin á la escena, cuando el cochero, viendo á su contrario sujeto de ambos brazos por la policía, se acerca y le asesta en plena cara un puñetazo brutal que baña en sangre al indefenso pasajero.

La indignación del pueblo fué formidable: cobarde! miserable! traidor! infame! y una lluvia de palos, puñetazos, arañes, mordiscos, y pedradas dió con el cochero en tierra y á no haberlo defendido la policía y su primer adversario, el pueblo lo hubiera pulverizado.

Esta escena revela también atributos estimables del espíritu francés. Valor personal; energía para defender el propio derecho; y caballerosidad y nobleza que repugnan la felonía, la traición, la baja. Y dejan entrever los progresos de la idea socialista, asunto digno de más detenido estudio; la mala fe que preside aquí á la generalidad de las transacciones al menudeo, por decirlo así, y la tirantez de relaciones entre el que vende mercancías ó servicios, y el que los compra.

Otra escena que corrobora esta última observación. Compré en la Torre Eiffel una medalla conmemorativa; la vendedora me propuso que hiciera grabar en ella mi nombre y la fecha de la ascensión, por el módico precio de medio franco; acepté y pagué la medalla y el medio franco del grabador. La vendedora me expidió un vale para el grabador, consignando que su trabajo estaba ya pagado, y me indicó un kiosco fronterizo para que mandara hacer el grabado. Me presento ahí con mi papel, lo examinan cuidadosamente como para cerciorarse de su autenticidad, preguntan qué leyenda se ha de inscribir en la medalla, y ponen manos á la obra. Ya me retiraba con mi medalla grabada, cuando el grabador, sonriente y caballeresco, me dice: —Mil perdones; son cincuenta céntimos. —Sí; pero ya están pagados, vea Ud. el papel. —No tengo nada que ver con eso; ni conozco al signatario del papel; págume Ud. y hágase reembolsar en el otro kiosco.

Regreso al otro kiosco á pedir el reembolso, y me contestan: —Imposible, señor, ya anoté la partida en mi libro y no estoy autorizada á hacer contrapartidas. —Pero es que el grabador me ha cobrado, y le he pagado! —No puede ser; ¿qué grabador es ese? —Aquél; el que usted me indicó.

—Oh, señor, el error es de Ud., que comprendió mal; no es ese el grabador que le indiqué, sino el de junto, con quien tengo iguala. El otro hizo bien en cobrar, porque no tiene relaciones conmigo. Pero esté Ud. tranquilo; hay una manera de que Ud. no pierda su dinero: escriba Ud. á Mr. X., nuestro patrón, y adjúntele el bono de medio franco; á fin de mes que se haga corte de caja aparecerán sobrantes sus cincuenta céntimos, se le dará á Ud. aviso, se presentará Ud. en la La Chapelle, que es donde están las oficinas, llevará Ud. sus papeles ó se hará una información testimonial para justificar su personalidad y le será reembolsado su medio franco.

—Pero señora! cree Ud. que voy á escribir cartas, á gastar en correo, á hacer un viaje de dos leguas, invertir dos francos en "medios de transporte" para recobrar diez centavos!

—Entonces le propongo otro medio más económico, rápido y ventajoso: compre Ud. otra medalla, hágala grabar por medio del bono con las iniciales de un amigo de... una amiga, y al volver á su país hace Ud. un regalo, que por lo bajo re-

presenta veinte francos. Son como quiera diez ó doce francos de beneficio neto.

¡¡Tableau!! Dí la vuedta, "cojé," me fuí á mi casa y dejé apestando á... tonto ó á extranjero, que en París son la misma cosa.

Dr. Manuel Flores.

París, 1900.

## Aniversario de la toma de Querétaro.

Año por año la República conmemora la toma de la plaza de Querétaro por las fuerzas liberales, y la caída del Segundo Imperio.

"El Mundo Ilustrado" engalana hoy sus páginas con la reproducción del cuadro del señor Vent, que representa una escena impor tantísima: el momento solemne en que el Archiduque Maximiliano hace entrega de su espada al General en Jefe del Ejército de Operaciones, Don Mariano Escobedo, que con gran constancia había sostenido el sitio de Querétaro.

La historia nos refiere que, cuando las fuerzas republicanas se habían apoderado del convento de la Cruz, Maximiliano abandonó sus habitaciones y en compañía del príncipe de Salm Salm, del General Don Severo del Castillo y de otros jefes, se dirigió al Cerro de las Campanas, donde se le reunió el General Mejía, con una pequeña fuerza y varios militares, que fueron llegando en grupos. Se intentaba romper la línea enemiga, pero el Archiduque manifestaba deseos de que se reuniese Miramón. Poco después recibió la noticia de que éste había sido herido, y entonces ya no pensó en la fuga. Descendió del Cerro de las Campanas con todos los que le acompañaban en aquellos momentos. Se detuvo cerca de la garita de Celaya, viendo que iba á su encuentro el General Ramón Corona. Maximiliano indicó al Jefe republicano que deseaba hablarle aparte. Llegó entonces á caballo un ayudante del General Escobedo, y comunicó la orden de que los presos fuesen enviados al Cuartel General. Corona quiso acompañar personalmente al Archiduque, Mejía, Castillo y al príncipe de Salm Salm y se dirigió con ellos á la garita de San Pablo. Allí presentó á Escobedo los prisioneros, y le dió cuenta de lo acontecido. Maximiliano, viéndose en presencia del General en jefe, se desciñó la espada, y entregándola al ilustre fronterizo, dijo con dignidad: —"Ya soy prisionero de usted."

Maximiliano, poco después, fué conducido al convento de la Cruz, por el General Riva Palacio, á quien regaló su caballo, como una manifestación de aprecio.

La pieza destinada para prisión del Archiduque era la misma que le sirviera de alojamiento, pero de ella había desaparecido todo, excepto un catre de campaña, una mesa y una silla. El prisionero quedó solo en su celda, entregado á sus pensamientos, y bajo la rigurosa custodia de una compañía del Batallón de Supremos Poderes.

También publicamos, por ser de oportunidad, una fotografía que representa la casa de campo que hizo construir en el Estado de Morelos, el Emperador, tal como dicha casa se encuentra en la actualidad. Está en Acapacingo, pueblo pintoresco, distante tres millas á lo más de Cuernavaca. Eligió el proyecto, el mismo Maximiliano, con ese gusto especial que le caracterizaba. La finca se levanta en el centro de un jardín y le forman sombra copudos árboles de ornato. Es de dos cuerpos, con una techumbre moderna. En aquella época contaba con un gran salón para banquetes, varias salas amuebladas y decoradas con mucho lujo, otras piezas que servían de recámara, y un lujoso departamento de baño comunicado con un estanque hermosísimo, por medio de una escalera interior.

Maximiliano pasaba ahí algunas temporadas, pues se recreaba viviendo en tan hermosa finca, no obstante que ésta chocaba á la Emperatriz Carlota, que prefería la residencia del Jardín de Borda.

En los últimos días de Junio de 1866, el Archiduque recibió en esa casa cuatro noticias, que le causaron gran impresión: la de la derrota de Santa Gertrudis, la de la ocupación de Matamoros, la que le dió Almonte de que Napoleón III insistía en el regreso del Ejército francés, y la de la exigida celebración de un convenio para el pago de la deuda francesa.



Como si no bastara para mi desesperación el vocerío de los chiquillos en retozo, allá en el patio que quedaba á mis espaldas, vino á tomar parte en mi desgracia "El tuerto."

Hasta ese día lo conocí, era nuevo en el gallinero de la corraliza que se extendía á mi vista, un poco abajo de la ventana ante la cual solía yo trabajar, tarde con tarde.

¡Qué ridículo era! un ridículo pisaverde.

Horriblemente crestado, con la cresta amoratada, con esa coloración que toma la cara de los viejos enfisematosos, y asquerosamente calvo. El ojo derecho perpetuamente clausurado.

La coloración de las plumas, le fingía un chaleco enorme de piqué amarillo con salpicaduras negras; pantalón blanco muy corto y ajustado, y las plumas de la cola, verdosas y brillantes, flotándole, como los faldones de un levitón viejo enorme.

Caminaba con fingida y grotesca gallardía; doblando exageradamente las piernas, contoneándose volviendo con brusquedad de un lado para otro la cabeza, y lanzando orgulloso, imbécilmente orgulloso, su mirada izquierda en derredor.

De cuando en cuando, se detenía, y lanzaba al viento su grito ronco, destemplado; ¿era el canto del gallo? No; ese no era el canto del gallo; era un graznido extraño. Su compañero de habitación sí cantaba; había en su voz inflexiones, había dulzura; ¡oh! pero "el tuerto" no tenía más que una horrible aspereza en la garganta, una voz asperjada de puas, como cuerpo de erizo.

El ki-ki-ri-kí sonoro del rey del gallinero, se convertía en su pico, en un hi-hi-hí angustiosamente aspirado.

Yo experimentaba la misma molestia que se siente cuando se oye hablar á una persona enferma, cuya voz apenas suena.

"El Tuerto" me fué antipático; pero no lo odiaba yo, como he odiado á muchos animales y á muchos hombres, con deseos de muerte para ellos; lo despreciaba con un desprecio lleno de risa.

Y él, como si creyera que su voz tenía bellezas dignas de mostrarse, seguía lanzando su ronquísimo grito. Perseguía con tenacidad á una hermosa gallina blanca, con blancura deslumbradora.

El contraste era grande y vergonzoso para él.

El la perseguía y la perseguía, y ella se le fugaba.

Cuando ví que estaba á punto de darle alcance, arrojé á la cabeza una pelotilla de papel: se detuvo, y nuevamente gritó; esa vez con susto.

Repuesto un tanto, volvió á su persecución. Muchas veces evité de igual modo que se aproximara demasiado á ella. Gustaba yo de verlo un poco cerca, porque resultaba más la hermosura blanca de la perseguida.

Cada vez que le asestaba un nuevo golpe de papel, mientras él me arrojaba encima su "siniestra" mirada, ella se le burlaba, cuchicheando con el compañero de vida. Ese sí que era hermoso y joven; con razón se disputaban su amor ellas.

Era fuerte y grande; por eso veía al "tuerto" con desprecio, y no se ocupaba en ir á castigarlo. Sólo se reía cada vez que yo lanzaba al ridículo gallinaceo, una nueva pelotilla de papel.

Repetidas veces pasó por la carita del ovíparo tenorio la risa de su burla. Y para hacer mayor esa burla, se fingía asustado por lo que pasaba al compañero, y después daba á su canto notas de carcajada.

Hubo momentos en que me guiñó los ojos, como para interrogarme qué pensaba yo de su rival. Y me reía con él, y nos reíamos del "tuerto."

También la graciosa cara de ella, la ví bañada de risa á menudo.

Lejos del perseguidor rascaba la tierra, como si buscara algo que hubiera perdido, y luego con miradas de soslayo lo provocaba hasta que él emprendía nuevamente su tarea, y ella emprendía nuevamente la carrera de la huida.

Y allí permanecí gastando muchos cigarros y ninguna tinta, hasta que, apenas se veían ya á lo lejos las nubes que perezosas bajan á recostarse sobre las montañas.

Para ellos era muy tarde. Acaso yo era quien los había desvelado.

Todos fueron á recogerse.

Desde la reja de entrada de su común habitación, "El tuerto" me aventó por despedida su mirada rabiosa.

Al reirme de él por última vez en el día, estuve á punto de hacerle una mueca, como un chiquillo mal educado reñido con otro.

Cuando lo ví la segunda tarde, seguramente porque la noticia de nuestra burla, había circulado en el gallinero, todos los habitantes de allí se mofaban de él.

A veces se escuchaba un coro de risas que de seguro habían ensayado cuidadosamente de antemano, para que resultase muy uniforme.

"El tuerto" me demostraba su odio, un inofensivo y ridículo odio de gallo, con su mirada dura, muy dura, que, para ir á clavárseme en el cuerpo, le salía constantemente de su ojo—ojo enrojecido y brillante que hacía imaginarse una lamparilla colocada detrás de él.

Estaba encaprichado en que había de ser su amante la gallina blanca, y no perseguía á alguna otra; desde que les abrían el pequeño gallinero, para que gozasen de una relativa libertad en el corral, renovaba su labor de persecución tras ella.

Salía á paso majestuoso, después de inclinar la cabeza al pasar bajo la puerta bastante alta; ¡temía, convencido de su talla, lastimarse la cresta amoratada.

Sacudía las alas, como esos hombres que al salir de una pieza en donde sintieran sofocante calor, se dan aire agitando el saco contra el cuerpo.

Después, como siempre, levantaba pausadamente la pierna, y avanzaba pavoneándose.

Me miraba con amenaza, previniéndome que no fuese á empezar mi cotidiana y desesperante burla, que luego secundaban sus congéneres.

Alguna vez me causaba lástima, y me retiraba de la ventana; pero casi siempre, al contrario, deseaba mortificarlo; pues que, ¿no comprendería qué ridículo era su papel?

Por las madrugadas, cuando oía yo su cavernosa voz, cuando se complacía en romper el silencio con su ronco grito, me lo imaginaba "medio despierto," con su pobre ojo cerrado, ya pensando en sus planes de conquista, y me reía entre las sábanas.

Una tarde observé que el gallo joven ya no reía; parecía disgustado, parecía que encontraba demasiado tenaz la persecución del "tuerto."

Ya no había notas de carcajada en su canto, y se paseaba cabizbajo; golpeaba nerviosamente el suelo con las patitas, y pasaba el pico, lo arrastraba contra la tierra de uno y otro lado, como los carniceros afilan su cuchillo antes de cortar.

En momentos en que el necio se acercaba á la dama blanca, quién sabe qué gritó el joven; los compañeros de gallinero no se rieron en coro, sino que, uno tras otro murmuraron muy por lo bajo, algo que no pude entender. Un pavo viejo que reía siempre larga y estrepitosamente, dió un chillido breve, cortado, lúgubre, y se acercó á un pavipollo, con el cual se puso á cuchichear.

"El tuerto" pareció entristecerse.

Y todos en silencio, entraron temprano en el dormitorio, y subieron á sus camas. (?)

Desde entonces disminuyeron las burlas.

Dos gallinas serias, matronas respetables, se paseaban juntas, comentando el caso.

Las pollas veían con indiferencia al enamorado.

El gallo joven, taciturno, vigilaba constantemente á su horrible rival. Este lo veía también con rabia, con desesperación algunas veces, ó no lo veía otras; permanecía triste, meditabundo, ¡fúnebre! olvidado en un rincón.

Y, ¡ya no gritaba!

La gallina blanca no salía del gallinero.

Sólo un perico de la vecindad ayudaba á mi risa, pues sabía imitar perfectamente el grito ronco y destemplado que, antes brotaba tan á menudo de la garganta del "tuerto," llena de una horrible aspereza, aquel hi-hi-hí angustiosamente aspirado que hacía sentir la molestia que se experimenta oyendo hablar á una persona enferma, cuya voz apenas suena.

En la noche, desde que hubo silencio, trabajaba yo ante mi mesa pobre.

Serían las doce, cuando se oyó el grito del "tuerto." Era extraño que graznase otra vez, y á esa hora.

Después, todos lo secundaron con gritos desesperantes, y el perro despertado de su buen sueño por aquella gritería, empezó á ladrar con furia.

El ruido se prolongaba, y yo no podía trabajar.

Las gallinas cacareaban dolorosamente; pedían auxilio; y el perro protestaba, porque no lo dejaban volver á su sueño.

Un drama de gallinero: "El tuerto," insistiendo neciamente en sus imbéciles pretensiones, habría provocado la ira del gallo joven, y reñirían; ó bien, el malvado habría dado muerte, traídoramente, con premeditación... era capaz de todo; á mí, si hubiera podido, me habría asesinado.

La algarabía era insoportable.

Abrí de par en par la ventana, y por ella salté al corralillo.

¡Qué viento y qué frío! las estrellas temblaban.

Llegué; el espectáculo fué original: "el tuerto," cerca del techo del gallinero, se columpiaba enredado entre una cuerda vieja del tendedero que le oprimía el cuello.

Aproximé la luz, y lo ví estremecerse por la última vez, y por la última vez, lanzarme una siniestra mirada del redondo ojo brillante y enrojecido.

El gallo joven y hermoso, fuerte y grande, me veía atentamente. Estaba tranquilo; él no había gritado; nada había hecho.

Cerré la puerta del gallinero, y todo volvió al silencio.

Al día siguiente, empecé á enfermar del ojo derecho, y al fin lo perdí.

Algunos dicen que me felicite de no haber perdido los dos; opinan como los médicos, que fué la enfermedad causada, porque salí violentamente de la habitación en que había estado trabajando durante tanto tiempo.

Eso los médicos, pero me parece una extraña coincidencia.

¡Oh! aquella última mirada siniestra del ojo enrojecido y brillante....

—Ustedes ¿qué piensan?

Francisco Zárate Ruiz.

NAPOLEON

~o~

Simoun, torrente, cráter, sobre el corcel galopa su corcel blanco!... ¿A dónde, por fin, le llevará? De su imperial ejército la rebotante copa del triunfo, eternamente su mano esculpirá?

En medio de la noche, la fatigada tropa tendida en la llanura, como un rebaño está; es un constrictor monstruo que á la aterrada Europa,

del uno al otro extremo amenazando va.

Y en tanto que en las tiendas que esmaltan la llanura,

ó á la merced del viento que agita la espesura, durmiendo están las águilas del imperial blasón,

la fuerte diestra oculta bajo el obscuro paño del redingote, inmóvil, inalterable, hurraño, como insaciable cuervo está Napoleón.

Tacubaya.

Nurelio G. Carrasco.



## PASIONAL.



### I

En el fondo intrincado de la selva,  
Donde se yergue la robusta encina,  
Y la fronda enredándose á la fronda  
Una gruta tejieron escondida,  
Ala que apenas si quebrado puede  
En hilos de oro penetrar el día,  
Mansa fuente murmura; y deslizando  
Los trémulos cristales de su linfa  
Lentamente se aleja, y van las ondas  
Desgranando al pasar su eterna rima,  
Su gemido sin fin, al que responden  
Las aladas estrofas de la brisa,  
Que llegan sollozantes y se apagan  
En los juncos flexibles de la orilla.

### II

De la espesa techumbre del follaje  
Bajo la sombra, que al reposo invita,  
La bien amada de las claras ondas,  
La Náyade gentil, la esbelta Ninfa;  
De la fuente que corre á la espesura  
Duerme al arrullo, y sin temor tendida  
Sobre el lecho mullido que formaron  
Las hojas de la rama desprendidas,  
De la selva callada en el misterio  
Se envuelve y sueña, y de pasión suspira.

### III

Como el naranjo en flor, lucen y albean  
Sus formas soberanas de Afrodita,  
Y caen rodando en su sien de nieve  
Las blondas crenchas que las auras rizan.  
Y todo calla en su redor: las aves,  
Los ecos de las grutas escondidas,  
Y apenas si del bosque silencioso  
La calma turban con amantes rimas,  
Las ondas que se alejan, y sollozan  
Al romperse en los juncos de la orilla.

### IV

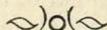
Enardecido y por la sombra oculto,  
Devorando con ávidas pupilas  
A la Deidad que duerme, un joven Fauno  
En el tronco se apoya de la encina.  
Que allí sus ramas tiende; y cauteloso  
Desgarrando la trama de tupidas  
Yedras, que urdiendo los flexibles tallos  
Una red forman floreciente, espía.  
Y en su rostro anguloso se reflejan  
Pasión y amor como inflamadas chispas;  
Y avanza, avanza, y con menudo paso  
Rodeando el tronco de la vieja encina,  
Tal como el lobo que al aprisco llega,  
Llega en silencio á la gentil dormida  
Y le pronto bajándose aprisiona  
En sus brazos nerviosos á la Ninfa;  
Y así como la abeja entre las flores  
La miel que guardan los nectarios liba,  
Ansioso abreva los calientes besos  
Que como en urna de clavel, anidan  
De la Deidad entre los labios rojos,  
Rojos aún más que la madura guinda.

### V

Y de la lucha pasional á impulsos  
Crepitaron las hojas retorcidas.  
Notas de besos rumor de alas,  
Rodaron por la selva estremecida.  
Fué el himno inmenso de amor, que entonces  
Abrió imponente su encantada rima,  
Desgranando canciones en los nidos,  
Y quejas errabundas en la brisa.  
Y al eco poderoso de aquel canto  
Del polen, de la savia, y de la vida,  
Se enredaron estambres y pistilos,  
Mecieron su penacho las encinas,  
Y las ondas bullentes se besaron  
Con los juncos flexibles de la orilla.

*Juan A. Villalva.*

### A. C...



Crespo el río despéñase cantando  
Con rumores de músicas ignotas;  
Y tal cual si estuvieran machacando,  
Diamantes gigantescos, ehispeando  
Como insectos de luz, saltan las gotas.

Cae esa lluvia sin cesar; martilla  
Que al rosar el olinte limonero  
Sus secas ramas sin herir cepilla,  
Y ya empapado su follaje, brilla  
Como ardiente y magnífico joyero.

Entre peñascos esponjosos bullen  
Espumas leves que la linfa empañan;  
Y cual cisnes blanquísimos ya huyen,  
Se juntan, se dispersan ó zabullen,  
El agua escarmentando en que se bañan.

Sigue, sigue el raudal enfurecido  
Su carrera fugáz; jadeante boga  
Greñado arbusto que al peñón erguido  
Se agarra, como viejo enflaquecido  
Que abre los brazos porque ya se ahoga.

El sol resplandeciente que se aleja  
Trás enjutos volcanes, en las olas  
Rastro sangriento y luminoso deja;  
Como cauda sin núcleo, cual gueudeja  
Salpicada de pólen de amapolas.

Sobre el puente, velóz se precipita  
Férreo tren irradiando claridades;  
Y es el humo que arroja cuando grita,  
El pañuelo sutil que alegre agita  
Despidiéndose así, de las ciudades.

Doliente oscurecer! La noche baja  
Taciturna á los valles solitarios,  
Y cual muertos que salen de su caja  
Envueltos en su fúnebre mortaja,  
Inmóviles se ven los campanarios.

De la luna los rayos aclaracen  
El campo; fieles copian las siluetas  
De las hojas que trémulas se mecen,  
Y en el suelo alumbrado, tal parecen  
Enjambre de libélulas inquietas.

¿Escucháis? es el agua que solloza.  
Tal vez olvide allí risas y males;  
Hondo, muy hondo encontraré mi fosa,  
Y tendré como lápida piadosa,  
Una lápida inmensa de cristales.

Para entonces... Aléjate tristeza!

Ven mi virgen, la escoria no te ofende,  
Oh no ha de marchitarse tu belleza,  
Con poner una vez en mi cabeza  
Tus labios, brazos que tu aliento enciende.

Quiero estar á tu antojo cual se mece  
La barquilla á merced de la borrasca;  
Quiero morir por tí como fallece  
En el vaso la flor, cual desaparece  
En la fragua rojiza la hojarasca.

Si supieras... te busco... no te escondas.  
Tú el secreto de amar guardas y sabes.  
¿No has tenido jamás tristezas nondas?  
Oh ¿por qué hay aves donde nunca hay fron-

(das?  
¿Por qué habrá frondas donde nunca hay  
(aves?

Más no me amas! El agua rumorosa  
Murmura plegarias inmortales.  
Hondo, muy hondo encontraré mi fosa,  
Y tendré como lápida piadosa,  
Uno lápida inmensa de cristales.

*Abel C. Salazar.*

## La fabricación de flores artificiales.



La flor y la mujer. No puede hablarse de los colores y perfumes de la primera, sin pensar en la belleza y virtudes de la segunda, y en esta vez, vamos á hablar de mujeres y flores, aunque estas últimas no sean en realidad las que produce nuestro fértil suelo en el hermoso Mayo, en que nos encontramos.

Se trata de flores artificiales, que tanta predilección han alcanzado en las sociedades cultas y cuya confección en México, no sólo merece nuestra atención como industria nueva en el país, sino también como industria que proporciona á la mujer mexicana, que con tan pocos elementos contaba antes de ahora, un medio honroso á la vez, que adecuando á su sexo pa atender á su subsistencia.

Un grupo de floristas, jóvenes, aseadas, y á la vez tranquilas y risueñas, entregadas á una labor delicada y divertida, es agradable á la vista más que ningún otro centro de labor, y llega á cautivar, si como nos ha sucedido á nosotros al visitar la fábrica de la señora Tenconi, se piensa al ver que cada una de aquellas graciosas operarias, cuyos dedos juegan constantemente con las flores que imitan á la perfección, son otros tantos seres arrancados á la miseria, la ineptitud, tal vez á la mendicidad, tal vez al vicio.

La fábrica á que nos referimos, la primera en México, y de cuyos talleres hemos tomado las vistas que ilustran este número, no obstante su relativa poca existencia, compite ya con los productos extranjeros, está montada con el mismo sistema que el famoso "Au bon marché," de París, y surte al presente de flores desde las más delicadas que se ven en los escaparates, á todas las casas comerciales de importancia.

Durante nuestra visita, pudimos presenciar las minuciosas operaciones que se realizan en la confección de las flores y que podrían, no obstante ser complicadas, servir de agradable distracción á la dama más aristocrática. El resultado se antoja ser debido á un arte mágico: se os muestra un lienzo blanco, lo mismo muselina que gaza, cabritilla ó seda, y lo véis pasar sucesivamente de la tijera al troquel, que da forma al pétalo, de allí á la tintorería, donde hábil operario francés dá matices y colores de perfecta imitación, y después de esto una operaria coloca un estambre, otra adapta la corola, la de más allá envuelve el tallo y cuando una multitud de menudos miosotis, violetas é heliotrópos están esparcidos por las mesas, pasáis á otro departamento, en el cual las imperceptibles florecillas se unen por medio de manos cuidadosas á las hojas de sombreados verdes, á las campánulas, las gardenias y las rosas para dejar formado el precioso bouquet, la guía de azahares ó el artístico macetón.

La señora Tenconi, infatigable é inteligente, es el alma del taller, que significa una nueva industria en el país; pero hay algo más que la hace acreedora á un elogio: ella hace que afamadas parisienses, enseñen á sus operarias, quiere que aprendan, que sean maestras en su arte, y todavía más, las inicia en el ahorro, premiando el afán de las más constantes y aptas, entregándoles anualmente una parte de las utilidades que han producido en ese tiempo, sus manufacturas.

# TRÁS EL CRISTAL (A mi padre)

La bruma extendió su velo  
Por todos los horizontes,  
Velando los altos montes  
Con empañado capelo;  
Rasgó sus nubes el cielo,  
Y en la obscura lejanía  
Se escuchó una sinfonía  
Desparramada en mil notas:  
Eran las primeras gotas...  
Allá en el campo ¡llovía!

¡Mirad el cielo y los prados!  
¡Ved las casas en las lomas!  
Los gorriones y palomas  
Que picoteaban, posados  
En los oscuros tejados,  
Huyeron al bosque umbroso  
En pos de un árbol frondoso;  
Y el viento en las enramadas  
Vacilantes y empapadas,  
Alzó su canto armonioso.....

¡Ved los árboles! parece  
Que están temblando de frío;  
Y hasta la linfa del río  
Que en silencio se adormece,  
Temblorosa se estremece  
Cruzando por el juncal,  
Al sentir en su cristal  
Cómo golpean las gotas

Que, convertidas en notas  
Saltan al caña-veral.

Empapado quedó en breve  
El paisaje adormecido,  
Y el ambiente humedecido  
Llegó diciendo, muy leve:  
—¡“Cerrad el cristal, que llueve.”—  
En todos los diapasones  
Canta el agua en los pilones;  
Y allá van por los vallados  
Pastorcillos retrasados  
Chorreantes como tritones...

Con las notas cristalinas  
Del armonioso aguacero,  
Debajo de algún alero  
Se arrullan las golondrinas;  
Y en las añosas encinas  
Que son de los bosques gala,  
Donde el agua no resbala,  
Las aves de azul plumaje  
Dormitan entre el ramaje,  
La cabeza bajo el ala....

Las aguas de las canales  
Que de las casas chorréan,  
En mil arroyos serpean,  
Huyendo entre los maizales;  
Cruzan los rubios trigales,  
Y al correr por las calzadas,  
Fingen rápidas cascadas,  
Y van á dar á los huecos

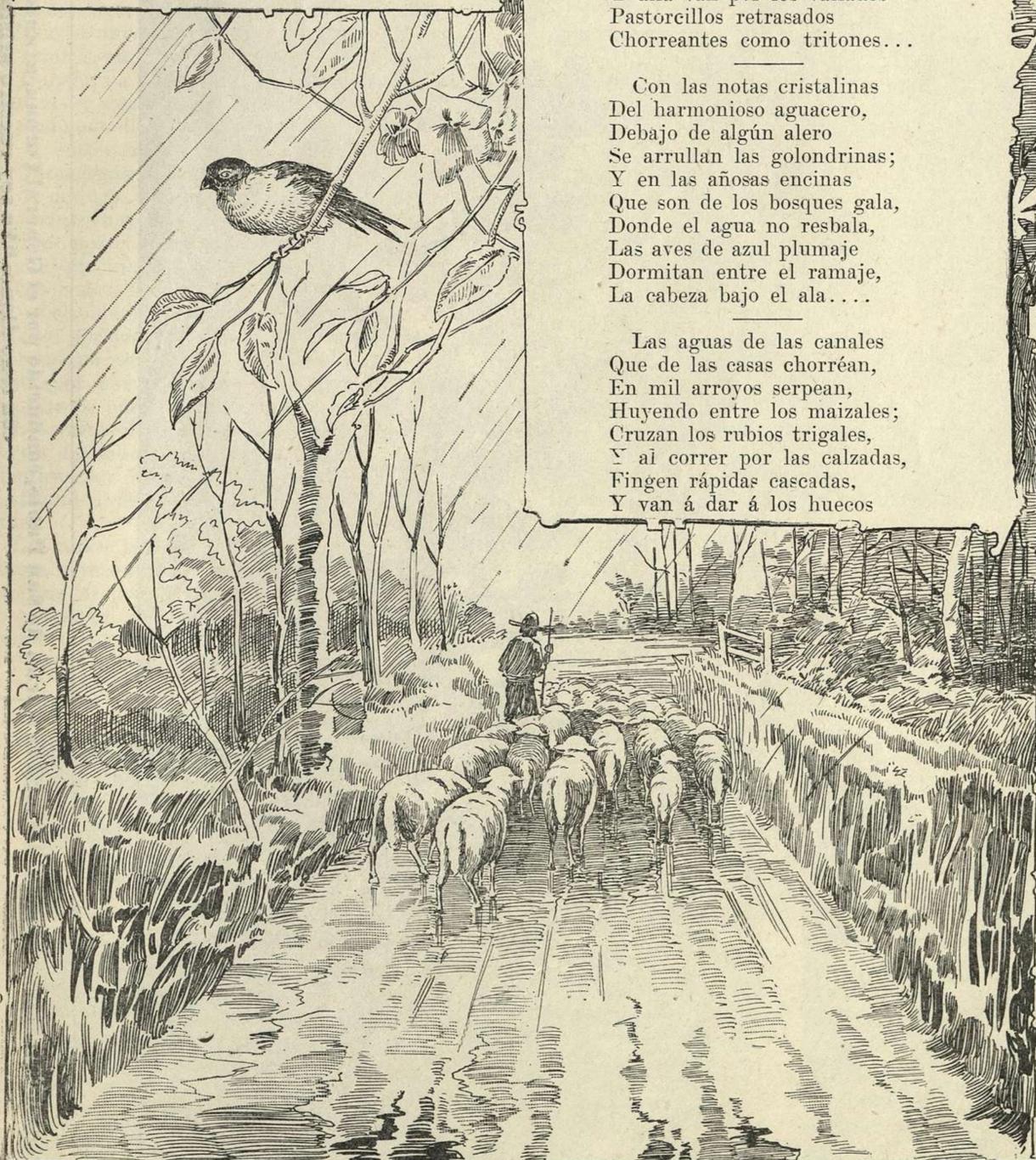
De los parajes resecos  
Donde quedan estancadas.

Las flores sienten mil penas,  
Las violetas, sin congojas,  
Ocultas bajo las hojas  
La lluvia miran apenas;  
Mas las blancas azucenas  
Y los lirios nacarados  
—Que son copas de los prados,—  
Llenas de licor del cielo,  
Rebosantes van al suelo  
Como búcaros volcados!

Envueltas en agua y frío  
Están la tarde y las frondas;  
Rotas las espigas blondas,  
Esmaltado de rocío  
Todo el blanco caserío.  
Y en los sauces temblorosos  
La bruma prende amorosos  
Crespones que tal parecen  
Hamacas en que se mecen  
Muchos sueños perezosos.

Al verte ¡oh tarde tan grata!  
Toma el pintor la paleta,  
Sus versos teje el poeta,  
Y el músico su sonata;  
Yo también mi serenata  
Te doy ¡oh tarde tan breve!  
¡Deja que mi canto eleve  
Con acento conmovido,  
Mientras dices á mi oído:  
—“¡Cerrad el cristal, que llueve!”—

*Maria Enriqueta.*



# EL ULTIMO DIA DEL IMPERIO.



El Archiduque Maximiliano al llegar á la Garita de San Pablo, conducido por el General Corona, avanzó hasta encontrar al General Escobedo y le entregó su espada diciéndole con tono digno: "Ya soy vuestro prisionero."

Cuadro de Vent.

## LOS PASEOS Y DIVERSIONES

### DE LOS NIÑOS

La distracción es una necesidad del hombre, una necesidad imperiosa, imprescindible, cuya satisfacción, difícil á las veces, debido á los rigores de la decantada y siempre latente lucha por la vida, no en todas ocasiones es dado satisfacer en la medida que se desea, pero que al fin y al cabo se satisface siempre, aunque sea rara y momentáneamente.

En el azaroso curso de la vida, todos, absolutamente todos, pobres y ricos, felices y desgraciados, tenemos nuestros momentos de distracción, en que solemos olvidar la preocupación dominante, la eterna melopeya que sin cesar nos susurra al oído su canción tediosa, y nos arroja á esa columna invisible y férrea, que para unos toma el nombre de desgracia, para otros el de hastío, para los de más allá el de cansancio y desmoralización, y para la mayoría adquiere todos los caracteres de un pendón de combate que constantemente azuza, con su ondular guerrero, á la encarnizada pugna que conduce á la victoria ó á la muerte.

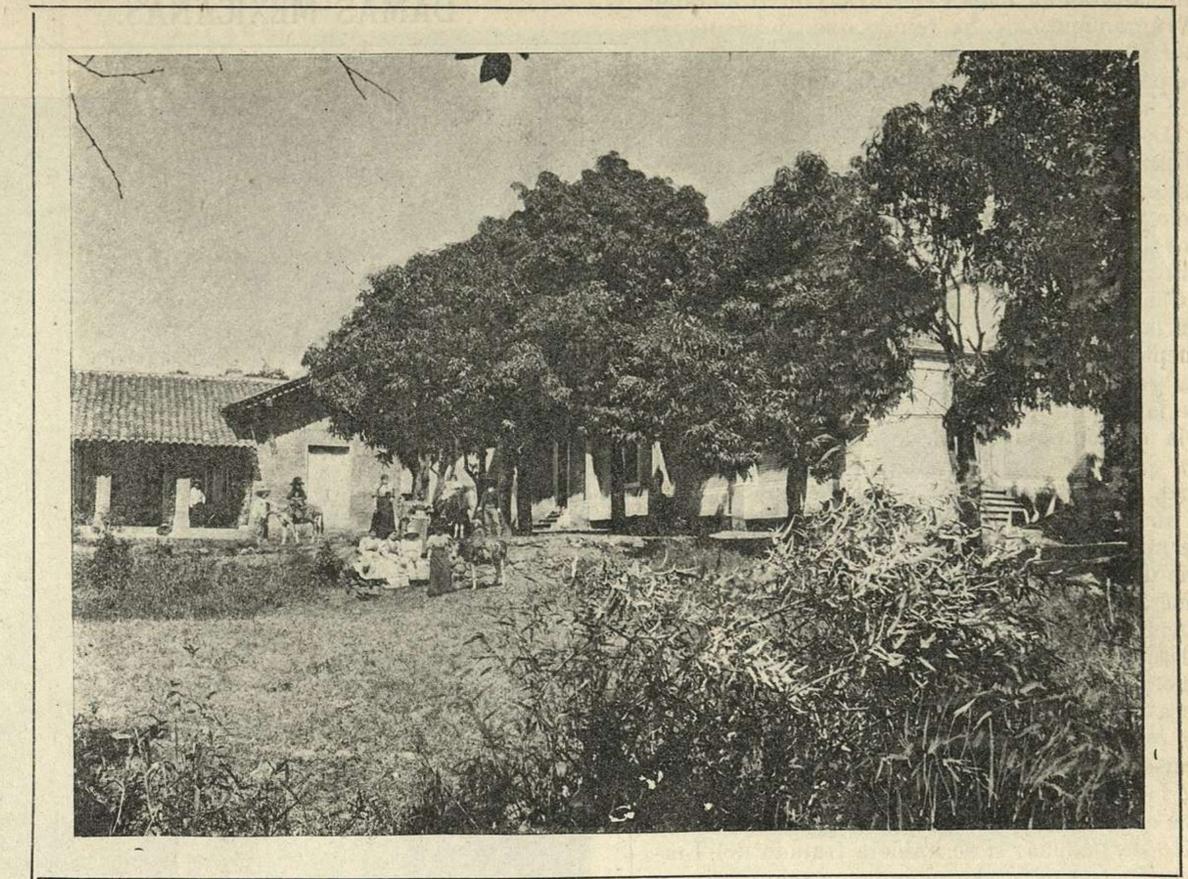
Esa necesidad de distracción es en los niños precisa, y tal vez más imperiosa que en los que hemos traspasado las primeras etapas del camino de la vida y penetramos ya á la "cittá dolente." En los niños llega á ser hasta una condición indispensable de higiene y de vida. Y los niños, como desconocen todavía la torturante monotonía de las tediosas melopeyas íntimas, tienen el don de distraerse fácil y continuamente, y su yocunda carcajada resuena espontánea y sincera como todo aquello que constituye un efecto natural y sin esfuerzo: como el gorjeo de las aves, como el murmullo del agua, como el susurro de la arboleda selvática en tiempo de primavera.

Todo el universo es nuevo para los niños, todo les arranca un grito de sorpresa, que muy pronto se transforma en júbilo, desbordante de risas diáfanas y contagiosas. Nosotros, que ya hemos olvidado aquellos tiempos y aquellas risas, que todo lo encontramos vacío y tedioso, solemos gozar intensamente con las risas de los niños, cuando en nosotros late todavía, aunque sea un mutilado y sangriento resto de corazón. Esas carcajadas infantiles nos contagian, "porque el buen Dios no quiere que ninguno esté triste."

Los niños deben reír, reír constantemente: ese es el objeto inmediato de su existencia, mientras los abrojos del camino no empiecen á desgarrar sus piecitos tiernos y rosados. Y nosotros, hasta por cierto egoísmo disculpable, debemos esforzarnos por cultivar sus risas y sus júbilos.

Los gustos de los niños son iguales en todas las partes del mundo, y sus distracciones suelen ser idénticas por doquiera: eso depende, sin duda, de la facilidad de distracción de que hablábamos antes.

Los niños han menester de muy pocas condiciones adyacentes; se entregan á sus placeres sin reservas ni propósitos definidos. Ni del lenguaje necesitan, de ese sacro Verbo, que en los hombres es condición indispensable de todo soláz y de toda sociabilidad. Pero los chiquelos, esen-



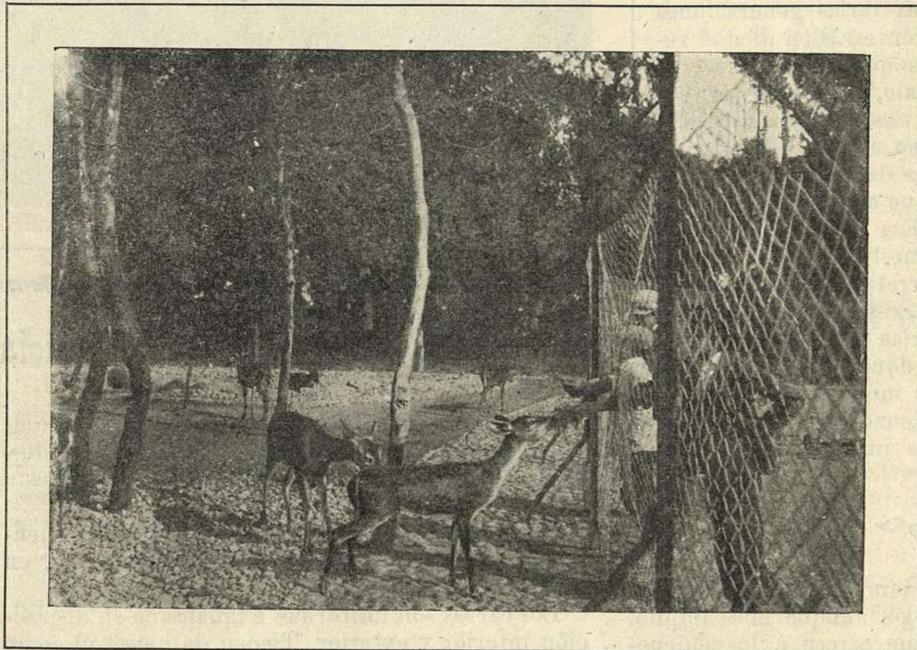
Casa del Archiduque Maximiliano en Acapulco.

cialmente sociables, no se comunican con palabras, sino con risas. En el breve trayecto trasatlántico de un paquebot, hemos visto formarse sólidas y tiernas amistades infantiles, que ameri-

pero habían cambiado muchas carcajadas y estaban ligados por el lazo de los goces inocentes que se comparten.

Sí, pues, tan fácil es distraer á los niños, ¿por que razón no hemos de procurarles toda suerte de soláz, ya que eso exige tan pocos esfuerzos de nuestra parte?

Casi llegamos á creer que el capítulo referente á los paseos y á las diversiones de los niños debe formar parte del programa de todo Municipio moderno. Y puede corroborar nuestra creencia, el hecho de que, en efecto, muchos de los Municipios más adelantados lo han incluido ya de una manera precisa entre los múltiples deberes, cuyo cumplimiento les está encomendado por las colectividades que les dispensan su confianza



En el Bosque de Chapultepec.

taron las lágrimas á la hora de la separación, entre niños que hablaban lenguas absolutamente disímbolas: no habían cruzado una sola palabra,

En México, los chiquelos, ó mejor dicho, los que por espontáneo impulso suelen encargarse de representar los intereses de los chiquelos, no han si-



En el Zócalo.



En la Alameda.

do hasta ahora nada exigentes, y el Honorable Ayuntamiento no ha tenido que preocuparse por satisfacer indicaciones ni deseos secillamente porque éstos parece que no existen ó de existir, nunca han sido expresados.

Los paseos públicos propios para los niños, constituyen tal vez la base de las diversiones de éstos. Entre nosotros parece que bastan el Zócalo y la Alameda. Demos una ojeada sobre estos sitios, en donde tanto parece divertirse nuestra gente menuda.

Cuando el gobierno virreinal decidió levantar en la Plaza Mayor una estatua ecuestre al más inepto de los últimos monarcas españoles, aquella gran superficie que se extendía desnuda ante la mole de piedra que llevaba y lleva todavía el pomposo título de Palacio, vió surgir en su centro una rotonda de elegante sobriedad, que nosotros conocemos, merced á un popular grabado de la época, y que durante muchos años circundó la bien modelada efigie del obseso y afeminado Borbón. Después, ya en tiempos de nuestra vida independiente, se tuvo el tino de mandar retirar de la plaza principal de la Metrópoli ese monumento, que no era mas que una manifestación vergonzosa del servilismo que animó á ciertos hombres de antaño, y la reivindicación pretoriana sólo conservó la estatua en un arrabal (entonces) de la ciudad, por plausible respeto al Arte. No fué ese un acto de ciega pasión política, fué un acto de justicia: si se hubiera tratado del Emperador Carlos V, por ejemplo, es seguro que se le hubiera dejado en la Plaza Mayor.

Retirada la estatua de Carlos IV, se pensó en sustituirla con un gran monumento á los héroes de nuestra independencia nacional, pero solamente llegó á construirse el zócalo, que después ha dado nombre á todas las plazas de la República y que, á la postre, ha venido á servir de rotonda de juego para varias generaciones de mexicanitos independientes. Bien dice el refrán, qu nadie sabe para quién trabaja.

Pero con todo y "zócalo," la plaza se veía muy gris y muy vacía, y esa gris desnudez lastimó mucho á Maximiliano, muy acostumbrado á las verdes exhuberancias de Miramar, y mandó plantar en el jardín que atenúa hoy día la monotonía de la plaza. Esa es la historia del paseo más genuino de nuestros chicos, de ese lugar adonde acuden á corretear y á saltar, á los acordes de las bandas militares, que con frecuencia desgranar sus fanfarrias ante las vetustas torres de la Catedral, y en donde, en días de fiestas populares, se instalan los mercados de todas esas chucherías de cartón, de madera y de tulle, que forman el encanto de las imaginaciones infantiles.



La Alameda, que data también de la época colonial, es un paseo análogo, aunque más amplio, sombreado y hermoso, que ofrece á los chicos el campo en que correr y buen aire que respirar.

Ultimamente, contamos con un paseo más moderno, y al propio tiempo más adecuado para los niños, durante cuya construcción se pensó en ellos de una manera clara ya y manifiesta. Nos referimos al Bosque de Chapultepec. Ejecutadas esas obras bajo la egida de un Ministro de refinada cultura, que conoce bien los paseos análogos de las Metrópolis del mundo, no se descuidó la construcción de un sitio especial de juego para los niños, constituido por un cuadrilátero asfaltado, lugar á cubierto de carruajes, etc., y muy propicio para el rebote de las bolas de hule y para el rodar de patines y de velocípedos, diversiones que tanto gustan á los muchachos. A las horas matinales, ese cuadrilátero ofrece un espectáculo encantador; la afluencia de niños le dá un vivísimo soplo de vida y de animación.

Frente á la cercana colección zoológica, también gozan los niños de todo corazón, y los grandes solemos reír de muy buena gana, al presenciar el asombro de los chicuelos, ante las muecas de los simios y ante los rugidos de las fieras.

OSCAR HERZ.



## DAMAS MEXICANAS.



Sra. Concepción Lascuráin y Landa de Braniff.

## El Servicio de Ambulancia de Policía

El Gobierno del Distrito Federal acaba de comprar cuatro carros en los Estados Unidos, que destina al servicio de ambulancia en la policía de esta capital.

Tal servicio va á quedar reformado radicalmente de manera satisfactoria para la población, en los términos que más adelante señalamos.

Los carros son uniformes é iguales en su disposición interior y exterior. Tienen de longitud como unos dos metros, por uno de latitud; la altura, con el rodaje, viene á ser de unos tres metros, poco más ó menos. En la cabecera está el asiento destinado al conductor y su ayudante; la parte volada afecta la forma de los pescantes ordinarios, teniendo en su centro el garrote de fierro que sirve para parar en un momento dado el vehículo, y en la parte más baja un timbre grande de bronce, que suena sonoramente y con la suficiente fuerza para ser escuchado á más de tres calles de distancia.

La banqueta que hay en el interior sirve para asiento de los asistentes, que serán el comisario de la De-

marcación ó el Secretario de la misma, según el que esté de guardia, el médico ó su ayudante y los gendarmes que levanten el cuerpo del herido y lo coloquen en la camilla. Esta consta de un marco de fino acero, que sostiene el lecho de piel delgada y resistente, recubierta por un paño de finísimo impermeable, que se ajusta á las extremidades del mismo cuadro de acero.

Una vez que ha sido colocado el enfermo en el lecho, los gendarmes del servicio de ambulancia suspenden el mismo lecho y lo colocan en los ganchos que penden de los cuatro pies derechos que van en el interior del carro en cada una de las esquinas, pendientes del techo del mismo vehículo.

Los movimientos del lecho son bien insignificantes y poco molesta la corrida, por más que ésta se prolonga, al herido, quien se siente suspendido á una altura poco apreciable y sin experimentar los vaivenes de la rápida marcha.

Debajo de la banqueta que sirve de asiento á los individuos que atienden al herido, se encuentran el botiquín y los instrumentos quirúrgicos de que están dotados todos los carros. En la parte posterior y hacia afuera queda una escalera de metal, que sirve para que el gendarme marche al cuidado del convoy.

Cuando éste, el convoy, llega al lugar donde se encuentra el herido, echan desde luego pie á tierra los empleados, procediendo inmediatamente el facultativo á efectuar el primer reconocimiento, en tanto que el inspector toma la declaración al herido, cuando éste se encuentra en condiciones de poderla suministrar á la autoridad.

Si la herida es leve, el carro, una vez suspendida la camilla en su interior, emprende la marcha rápida por las calles de la ciudad; cuando es bien grave, el mismo carro se dirige de preferencia al hospital, en donde se entrega al herido con las primeras curaciones aplicadas por el médico de Comisaría.

Como complemento de este servicio, se va á disponer de las cajas telefónicas que hay instaladas en las esquinas de las calles. Ve el guardián del orden que hay un herido en el piso, y su primer cuidado será dirigirse á la caja del teléfono para aviso á la Comisaría respectiva; en ésta habrá los individuos de la guardia listos para marchar al primer aviso en el coche de la ambulancia, siempre dispuesto para salir en el momento mismo en que se necesita de sus servicios.

Por ahora, solamente en cuatro Demarcaciones quedará establecido el puesto de Socorro, como se le llama en Europa: en la quinta, tercera, sexta y cuarta, por el orden señalado. En el año fiscal entrante se inaugurará el mismo servicio en las restantes Comisarias. Los caballos que van á utilizarse son de gran alzada y de colores oscuros.



## EL HAMBRE EN LA INDIA.

Los ojos del mundo civilizado están vueltos hacia la India, herida de hambre. Sesenta millones de seres están muriendo de inanición en aquellos desolados campos. La miseria, en una parte de Bombay y de la India Central, es indescriptible é incomparable.

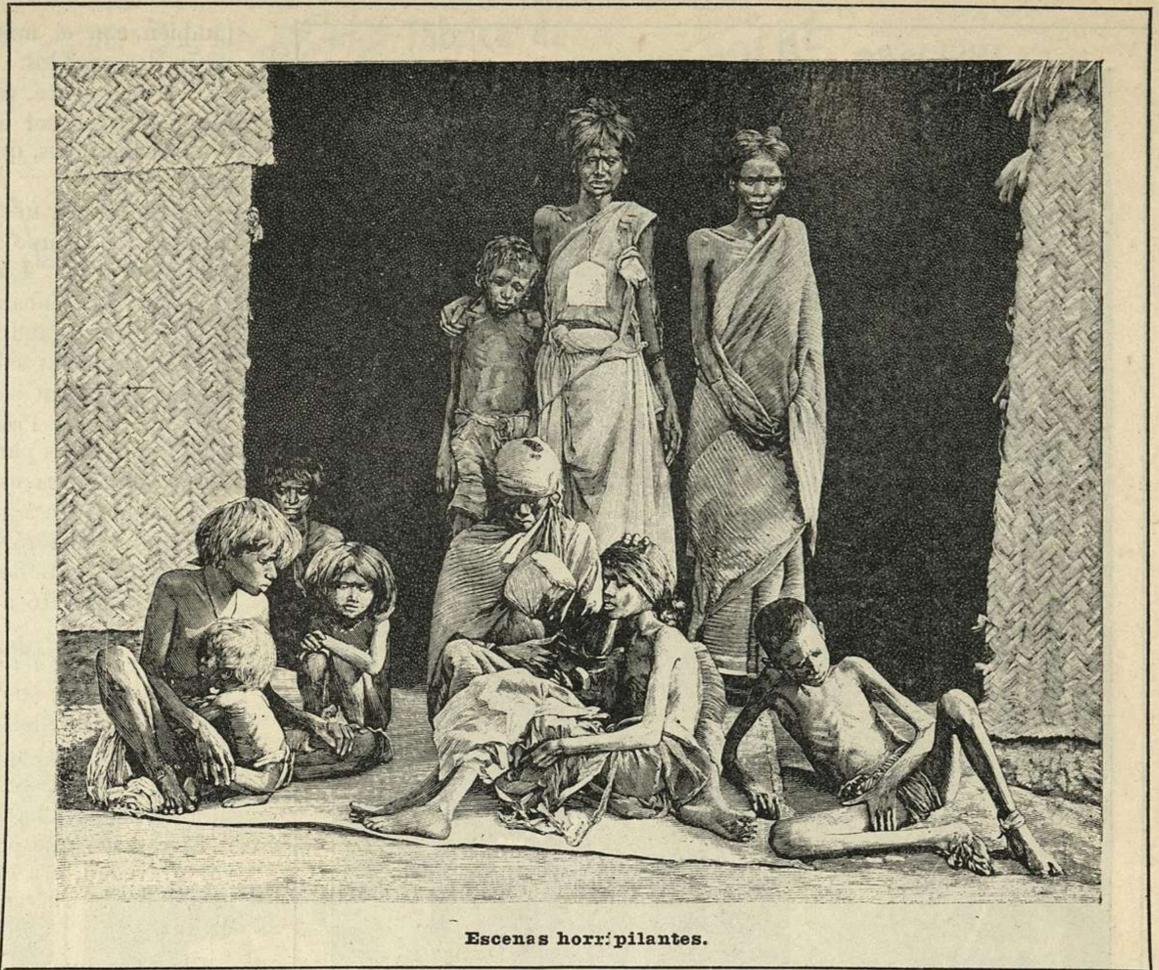
Los campos de arroz están secos desde hace mucho tiempo, y ahora, hasta el pasto, en algunos lugares, es tan raro como aquel grano. El ganado ha muerto todo, y en los campos áridos se ve perecer á diario una porción de criaturas de corta edad, sin abrigo, sin hogar y sin alimento. Lord Cruzon, el Virrey inglés de la India, acaba de hacer un llamamiento al mundo cristiano para que preste ayuda á tantos millones de seres infelices que están para perecer, y á petición de los misioneros y de los secretarios de varias asociaciones femeninas de caridad, el Journal de Londres, extendiendo ante los ojos de sus lectores esa triste pintura de sufrimiento. Las fotografías que publicamos, están tomadas directamente de escenas causadas por el hambre, y son de verdadera autenticidad.

En efecto, la condición de la India, atacada por el hambre, es tan miserable, que su sólo contemplación causa indecible horror. No se puede precisar el inmenso número de víctimas que continúan cayendo bajo la implacable hoz de la miseria, pero en Febrero último, había 60.000.000 de seres humanos pereciendo de hambre, 30.000.000 que se encontraban en la más horrible miseria, y de éstos sólo 5.000.000 recibían la ayuda del Gobierno.

No son solamente las ciudades las que están atacadas por este terrible azote, y cuando se piensa que casi toda la población de la India está formada por clases agricultoras, pues un 80 por ciento es labrador de tierras, se puede calcular, aunque ligeramente, la extensión del sufrimiento actual en aquel vasto territorio.

El hambre ha sido causada por la ausencia del "Monson," viento periódico que ayuda á fertilizar los campos; pero además de la falta absoluta de alimentos, hay también una tremenda escasez de agua. Esta necesidad obliga á los habitantes á dejar aquella parte del país para amontonarse en otros lugares más fecundos, y en éstas tristes peregrinaciones es en donde perecen de inanición, y puede decirse que van regando cadáveres en su camino. En muchos lugares, el Gobierno provee de agua á los habitantes, pero la provisión es insuficiente.

Cuando el hambre empieza á atacar al pueblo, éste empieza á vender todo lo que posee de algún valor, con objeto de conseguir algo de alimento. Arrancan las puertas de sus casas y las venden; venden sus muebles y utensilios de labranza, y, por último, cuando ya nada tienen que vender, venden á sus hijos.



Escenas horripilantes.

Los niños no pueden venderse, porque no hay quien los demande, y el comercio se hace generalmente con mujercitas. En algunas ciudades se ha visto vender una criatura por treinta centavos. Pero éstos compra-chicos no aceptan á los varones, y así, cuando los padres no son ya capaces de mantenerlos, los abandonan, dejándolos ateniados á su propio esfuerzo.

Estas inmensas bandadas de chicos miserables y hambrientos, se amontonan todos los días á las puertas de los almacenes de semillas, y el único medio por el cual los propietarios pueden verse libres de ellos, es el de tirarles puñados de semillas ó granos, desparramándoselos por todo el espacio que ocupan las turbas; los desgraciados aquellos se ponen entonces á recoger grano á grano, y en la noche, tal vez se ven recompensados con un puñado de ellos, juntados uno á uno.

El Gobierno inglés hace todos los esfuerzos posibles para aliviar la miseria del pueblo, pero algunas veces éste rehusa presentarse en los puestos de socorro, por estar ya demasiado débil para poder salvarse. Cinco centavos diarios pueden mantener una persona.

Después del hambre viene siempre el cólera á acabar con los pocos supervivientes, y los cadáveres de los que mueren de inanición, cuando no son

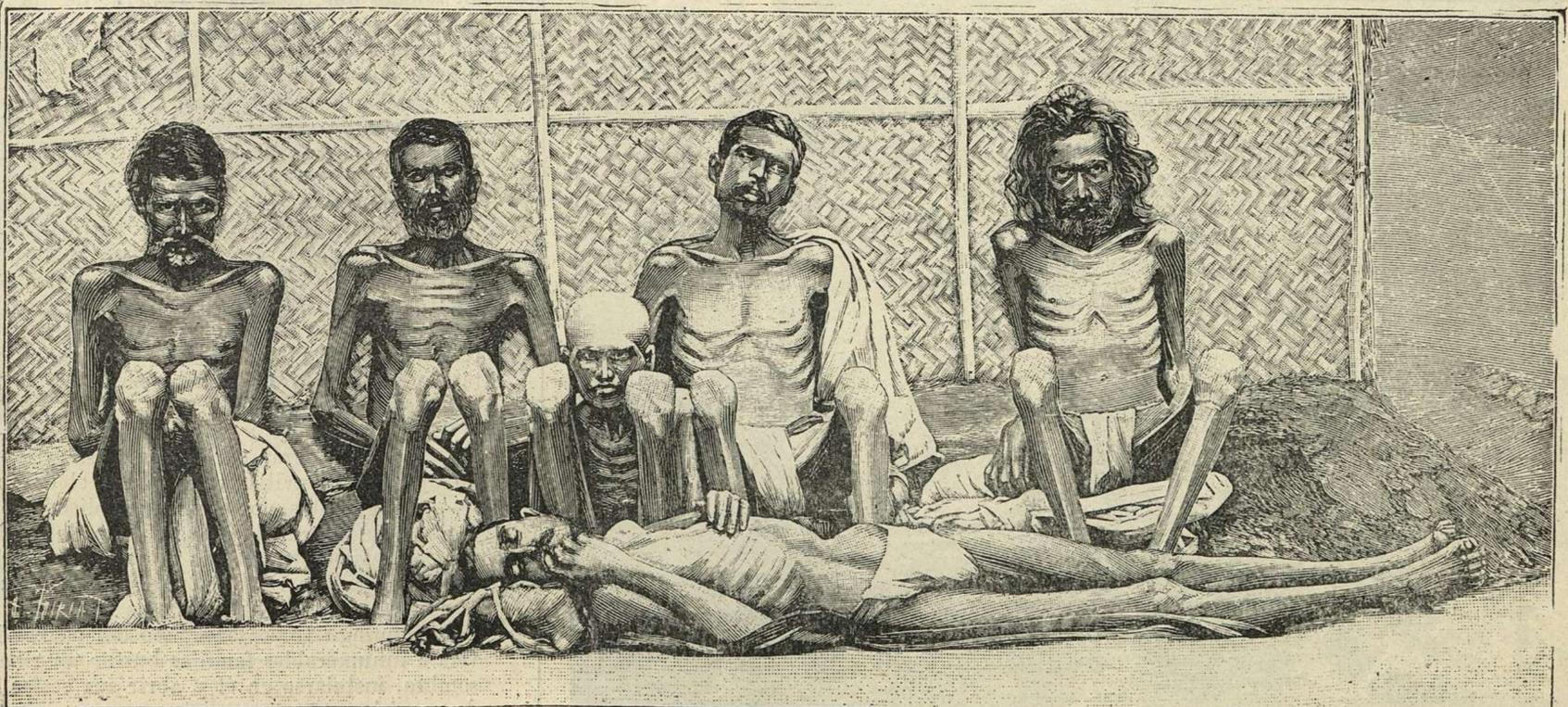
recogidos á tiempo para incinerarse, ocasionan una porción de enfermedades que convierten aquel miserable país en un verdadero campo de desolación.

Las escenas de miseria que se presencian en las ciudades de alguna importancia, son de una conmovedora tristeza. Masas enormes de gentes haraposas y escuálidas se amontonan á las puertas de los ricos, los que, cuando no han abandonado sus moradas para huir de aquellos espectáculos, se encierran en el interior de ellas y se hacen sordos á toda clase de peticiones.

## LA APERTURA DE LA EXPOSICION

DE PARÍS.

Inquietante por extremo era el aspecto general de la Exposición, la última semana de los trabajos y aun el día 12 de Abril, antevíspera de su apertura. Por todas partes se trabaja con fiebre, pero sin esperanza. Y esta actividad y esta prisa daban por resultado inmediato un gran aumento de de-



Escenas horripilantes.



El Presidente y su comitiva al salir de la sala de Fiestas.

sórden. Se pretendía terminarlo todo á un tiempo, y todos se extraviaban en falsas maniobras. Se intentaban trabajos finales, que en seguida tenían que destruirse, para dar lugar á otros, por los cuales debía haberse comenzado.

Por fin, el 11, tres días antes de la fecha de la inauguración oficial, se tomó un gran partido: se renunció de buen talante, á que la exposición estuviera "lista" y únicamente se procuró estuviera "presentable."

El día fijado, setenta y dos horas más tarde, la Exposición no sólo estaba presentable: bajo el alegre sol, estaba elegante y soberbia.

Lo incompleto, antes de la última toilette, se caracterizaba sobre todo: 1o. Por los andamiajes que sustituían por todos lados; 2o. Por el deplorable estado de los pisos. Pero en unas cuantas horas todo quedó definitivamente terminado: los andamios se desmontaron á toda prisa, y todos los vagones que se amontonaban desde el Campo de Marte hasta la Explanada de los Inválidos, se retiraron

también con el mismo apresuramiento, aun aquellos que todavía no estaban descargados.

Y realmente, parecía que la varilla mágica de algún encantador había hecho desaparecer en un momento aquel enorme obstáculo de escombros y armazones, que parecía no podrían retirarse de allí sino en muchos años.

Durante la noche del 13 al 14, la Exposición ofrecía un aspecto fantástico. El Campo de Marte estaba iluminado como para una radiante fiesta nocturna. En las avenidas, en los parterres, enormes locomotoras regaban y aplanaban á la vez la fina arenilla que debía servir de pavimento, y enterraban la red de rieles que se había puesto para facilitar los trabajos. Los naranjos, los sabinos y los pequeños fresnos, perfectamente recortados, parecía buscaban ellos mismos los agujeros en que debían florecer. A las puertas de los Pabellones, caían los últimos armazones de hierro, y en fin, por todas partes se veía una muchedumbre agitada, que hacía recordar la fantástica escena de Babel, vista á media noche: los maestros de obras ordenaban á gritos; los carreteros juraban y los caballos piafaban.

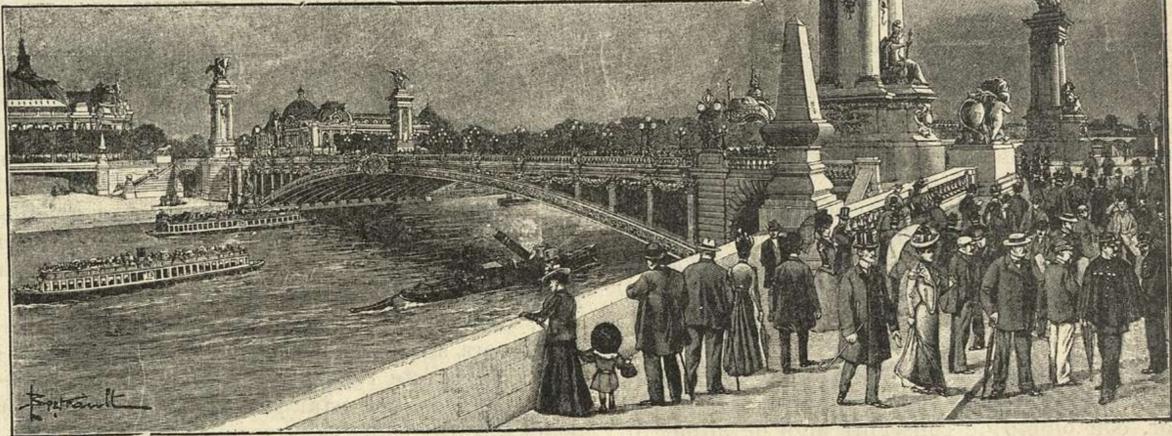
Así se elaboró el seductor decorado, que fué inaugurado oficialmente por el Presidente de la República Francesa la tarde del 14 de Abril último, y que fué abierto á las muchedumbres ansiosas el día siguiente, domingo de Pascuas.

El grado en que se encontraba la Exposición el día de su apertura, puede definirse, sucintamente, de la siguiente manera:

El cuadro del conjunto arquitectural estaba terminado, salvo algunos pequeños lunares que podían pasar inapercibidos. La instalación de vidrieras, de productos de exhibición, de objetos de arte, etc., etc., no estaba aún hecha, pero ha demandado muy pocos días posteriores á la inauguración.

El retardo que parecía de mayor gravedad, era el de la instalación de la fuerza de vapor y de luz.

Claro es que si la colocación de objetos y el arreglo interior de los palacios se había retardado, era porque los edificios se habían terminado muy tarde. Los expositores no han querido ó no han podido exponer sus artícu-



Arribo presidencial.

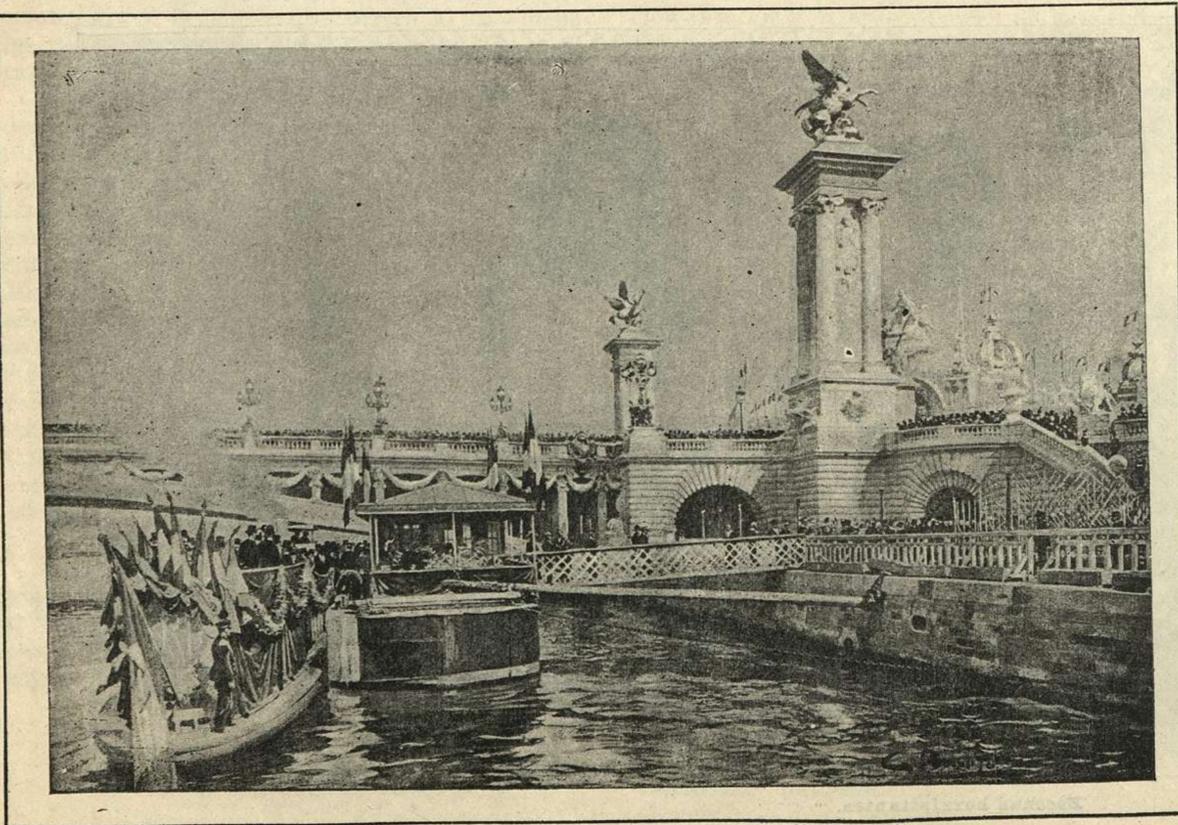
los, con frecuencia delicados ó frágiles, en los salones que, todavía la víspera de la apertura, no eran sino armazones. Las cajas de los expositores extranjeros, llegadas á la hora precisa que se les había determinado, no fueron abiertas sino hasta el último momento. Las de los expositores franceses, y, sobre todo, las de los parisienses, han permanecido en sus almacenes, donde tal vez estén aún.

Sea como fuere, á esta fecha, los pabellones están ya construídos, pues desde antes del 1o. de Mayo, sus galerías estaban completamente listas y decoradas. No sucedía lo mismo con los salones y allí por el contrario, reinaba el mayor desaliento, de las maquinarias generadoras de fuerza y luz, temiéndose que fuera á ser este el insuperable obstáculo que impediría á la Exposición desplegar todo su nocturno esplendor.

Tal como estaba á su apertura, la Exposición fué visitada con gran curiosidad, el sábado 14, por un público de invitados especiales, el domingo y los días siguientes, por el "gran público."

Pero fué aquella la inauguración de la Primavera, al mismo tiempo que la de la Exposición, y la Primavera y la Exposición, combinando sus gracias nuevas, han encantado todos los ojos.

El domingo 15, bajo el peso del medio día, se veía á innumerables familias buscar un rincón de sombra, instalarse en él y abrir sus cestas llenas de provisiones.



Otra vista del puente de Alejandro III.

MAURICE NORMAND.



Fachada de la fábrica.



MEXICO INDUSTRIAL  
 Fábrica de flores artificiales  
 "AU BON MARCHÉ" C. Tenorio y Cia  
 Esquina de S. Francisco y Coliseo Nuevo.



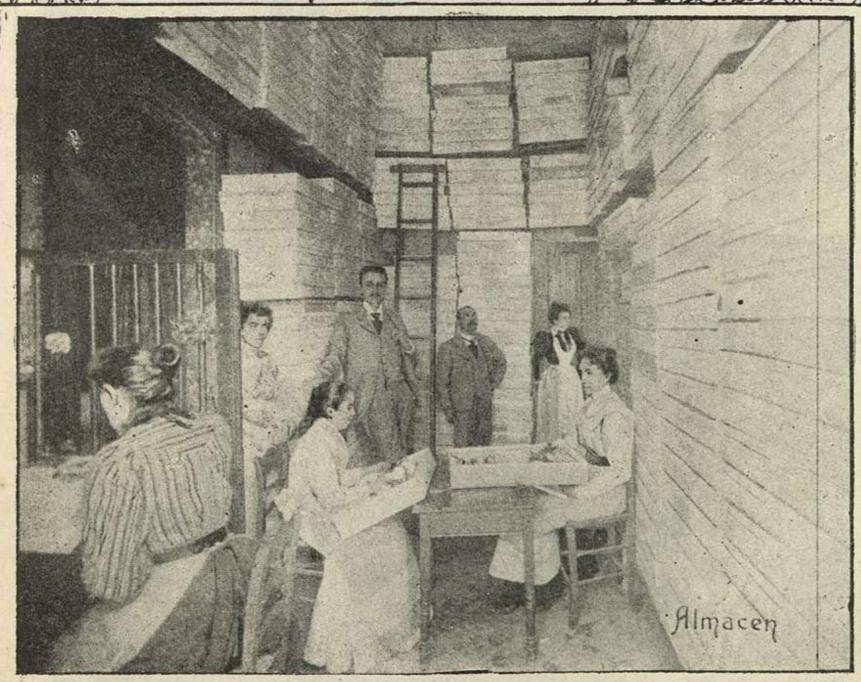
Confeccion de flores.



Tintorereria y Troquelado



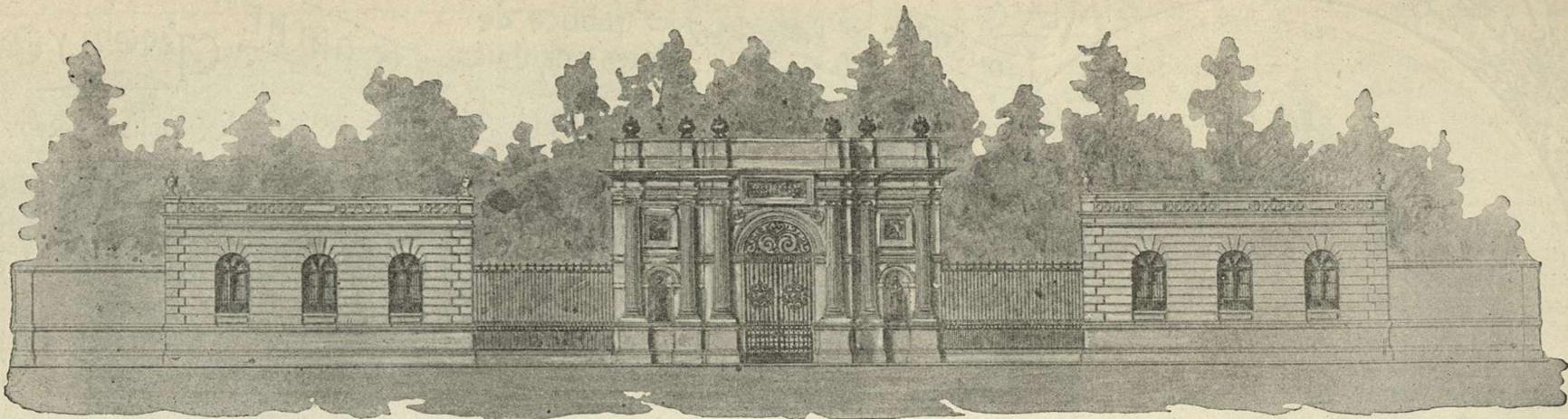
Despacho.



Almacén



Armando los ramos.



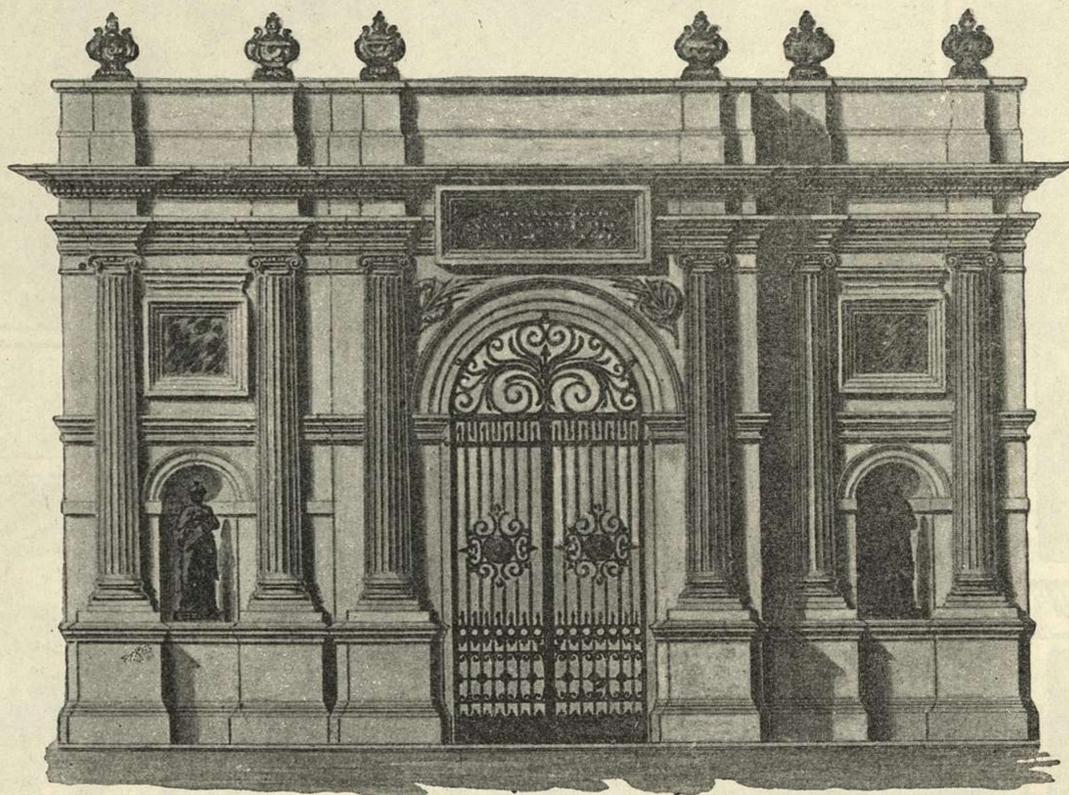
**PANTEÓN MUNICIPAL EN PACHUCA.**

El Gobierno del Estado de Hidalgo, que por cuantos medios tiene á su alcance procura el progreso general de todos los ramos administrativos y el embellecimiento de la capital y de las cabeceras de los Distritos con la construcción de edificios necesarios y de positiva utilidad pública, acaba de proyectar la edificación en Pachuca, de un nuevo Panteón Municipal, que se construirá con fondos del Gobierno y del municipio de la ciudad.

De esta importante obra ha sido encargado el señor Capitán de Ingenieros Porfirio Díaz, quien presentó su proyecto y aprobado que éste fué por el Gobierno de Hidalgo, las obras de construcción dieron principio el diecinueve de Febrero del presente año, debiéndose entregar ya concluido este edificio el diecinueve de Julio próximo.

Nuestros grabados representan la fachada que está compuesta de un esbelto y bonito pórtico que se encuentra en el centro de ella teniendo á los lados dos construcciones destinadas una á oficina de la Administración del Panteón, con sus dependencias y la otra para habitación del Administrador. Entre estas dos construcciones hay un jardín, encontrándose éstas unidas por un bonito emverjado de hierro, el arco quedará cerrado también por una elegante puerta del mismo metal.

El pórtico que es la parte principal de la obra es en su totalidad de piedra blanca de Pachuca



**NUEVO EDIFICIO DE LA INSPECCIÓN DE SANIDAD.**

La Secretaría de Gobernación acaba de realizar una mejora de importancia en uno de los departamentos de su dependencia.

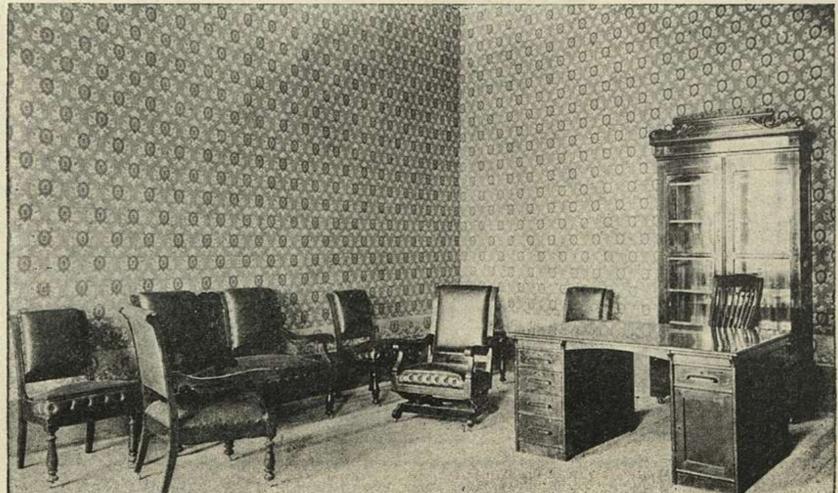
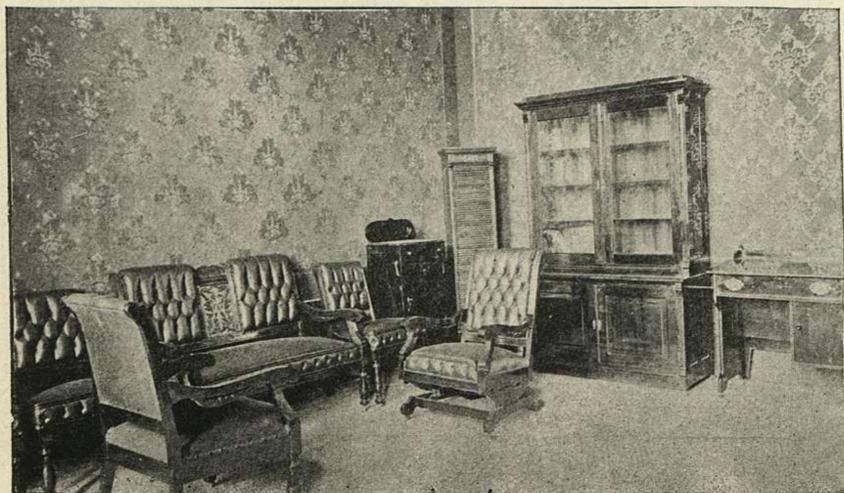
La Inspección de Sanidad, que ocupaba un local casi ruinoso y mal acondicionado, ha sido trasladada á un edificio construido exprofeso para ese objeto y que reúne en sí todo aquello que es indispensable para los fines de pública salubridad, á que está destinado.

Nuestros grabados representan la fachada del edificio, que como se vé, es estilo "Renacimiento Francés," y los departamentos que se destinan á despacho del Inspector y del Médico Director.

No necesitamos hacer elogio de la elegancia del mobiliario, que es completamente nuevo, pues también está á la vista.

A la entrada se está construyendo un bonito jardín, que á la vez que hermoseará el edificio, mejorará sus condiciones higiénicas,

En cuanto al servicio científico que allí se desempeña, se ha procurado que sea perfecto y para ello se ha dotado al establecimiento de un magnífico arsenal quirúrgico y de todos los muebles y útiles indispensables.



Fachada y departamentos principales del nuevo edificio de la Inspección de Sanidad.